

## CAPÍTULO UNO

El petirrojo hizo una reverencia, se mostró palpitante, abrió su pico, y hasta creímos adivinarle una sonrisa: seguro manifestaba lo que desde hacía tanto sabía.

El pajarillo no regresó a su flamante nido, y antes de las cinco, recorrió el aire terso del atardecer para galantearnos con su plumaje carmesí: el mismo testigo, otra cadena aprobatoria, otro tiempo.

—Yo nunca te olvidé —dijo Gretel acariciando mi mano.

—Yo tampoco —le respondí arruinando el maquillaje. Dos lagrimitas rompieron el bajo rímel.

El entorno no podía ser más cómplice para un encuentro largamente deseado. El lago se extendía a nuestros pies y amenazaba con humedecer los rebordes delanteros del calzado, los sauces se inclinaban en una gentil salutación. Las coníferas, incrustando sus coronas en el sol mortecino de fin de tarde, doradas, nos estremecían.

—Falta la música —señalé provocativa.

—¿Qué melodía podría acompañar este momento? —preguntó.

—¡Ah!, aquella música antigua, la tonada alemana de nuestra juventud.

El petirrojo dio un giro tiñendo las nubes, la melodía lejana formó aros en el lago, el agua se hizo un disco y las burbujas estallaron, generando cristalinas notas que emergieron para apresar la brisa como teclas del piano de la memoria; las ramas de los pinos balbucearon; el césped anunciador del rocío sirvió de arco, y entre todos crearon aquella triste canción que se esparció, intercalando margaritas entre exhortaciones a la alegría.

—¿Recuerdas?

—¿Cómo no hacerlo? —Nuestros ojos se volvieron a encontrar sin bochorno.

—No has cambiado nada. —Ambas sonreímos, agrandando nuestras bocas hasta que la incertidumbre y las risotadas se mezclaron en un sonido híbrido: media tarde, media luna, media broma.

—¿Cuánto hace que no nos vemos?

—Demasiado. —La expresión dulce dio paso a la congestión.

—Sí que se nos fue el tiempo. —Los labios carburaron nuevamente, y la candidez relajó los músculos del cuello. Otra sonrisa, un tanto malandrina, encendió el candil de los sentidos.

Nos descalzamos, los pies a orillas del suspiro, los dedos entrelazados y los párpados entreabiertos.

El petirrojo planeó sobre nuestras cabezas y se posó en el infinito lecho de la ribera.

«¡He cumplido!», pareció decir la avecilla.